

Guillermo Koenenkampf

Juan Humaera

I



RECIBIO la pieza que el perrillo le entregaba, meneando la desmochada cola, y la metió al fondo del bolsón. ¡Buen tiro «de atraviesa» ése para empezar! Ya, en tanto la perdiz caía dando botes por entre los paigüenes del barranco y el Barcino corría a recogerla, él había cargado por segunda vez el viejo fusil de fulminante. Escupió entonces el pucho, que se le había apagado a flor de labio, y con la misma calma y destreza con que había cargado la escopeta, torció otro cigarrillo de hojas. Se guardó la guayaca en el bolsillo; y quedó hurgándose, rastrojeándose dentro de él. Al cabo, sacó la mano, vacía, y buscó en el otro lado. Igual cosa.

—¡Diablo!—murmuró con una voz dulzarrona y sosegada—¿que me habré perdido el yesquero entonces? ... A lo mejor, se me le habrá rompido el bolsico.

No se le había roto el bolsillo. Los volvió hacia

afuera, de revés, por cerciorarse, y buscó después en el ancho morral, en el sitio donde ponía «las preven- ciones». De fijo, entonces, se le habría «saltado» al pasar por encima de alguna cerca, o se le habría caído por ahí, en algún zanjón o en alguna repechada. Ca- viló un instante, y dijo, mirando al perro:—Oye, vos, ¿no viste na dónde se me caería el avío, Barcino? ... ¿No viste vos?

El Barcino le miraba a su vez, con las orejas aten- tas, y brillantes los ojos amarillos. No, él no había visto ni sospechaba dónde se le podía haber caído al amo esa cosa larga que echaba chispas. Si no, ya se la habría ido a buscar, seguramente.

Terciándose la escopeta, el hombre agregó resig- nado:

—Güeno, pues; no vamos na a poder pitar en- tonces...

El perro se condolió con otro meneo lánguido del rabo, y siguió a su amo, que repechaba ya la ladera, encorvándose bajo el matorral. Salieron arriba, a des- campado, y a la orilla misma del rastrojo, el perro agarró rastro en un santiamén. Juan Humaera bajó la escopeta, y con el gatillo preparado, siguió ahora tras el perro, que iba haciendo zingzagues por entre las ca- ñas reseca. —¡Despacito, Barcino; despacito no más, búscalal...—apuntalaba a su perdiguero. Mientras iban tras el rastro, Juan Humaera calculaba a puro instinto el lugar preciso donde el perro iría a levantar la perdiz, y pensó, con unas ganas grandes, en que

bien podría fumarse un cigarrito antes de disparar el otro tiro. Se tentó maquinalmente los bolsillos... ¡Chis! ¿dónde diablos iría a perder el yesquero, con mecha y todo? Escupió la saliva y se quitó el cigarro de la boca, por no acordarse más de él, y trotó a la siga de Barcino, que se perdía por entre los nuevos crecidos del rastrojo.—¡Más despacio, Barcino... , más despacio... !—le gritaba.

Al pasar por debajo de unos molles sombreros, sus pisadas espantaron un aroma dormido, que le aleteó en las narices. Se llevó las manos a los bolsillos, nuevamente. ¡Rediantrel, olorcito a tabaco, el olorcito a hojas, ése... ¡Y con las ganas de fumar que tenía! ¿Meeh! qué tanto cuento con las ganas de fumar: no se iba a morir porque no pitaba por una media tarde siquiera... Al bajar a la casa, se pitaría una guayaca entera, si quería; ahora, había que estar atento. Ahora, el Barcino iba ya y se removía más despacio, más tenso; olfateaba aquí y allá alguna huella invisible, meneando la cola rítmicamente y mirando de vez en cuando al amo. Humaera recogió su atención, que se le había quedado atrás, persiguiendo obstinado el olorcito ése, a molle y a tabaco: ya iban a llegar a la placeta de las papas, donde sospechaba estaría la perdiz. Probablemente serían dos las perdices; siempre andaban de a dos, a esas horas, y si su escopeta fuese de dos cañones, bien las podría matar a ambas; primero una, después la otra. Pero, no se acostumbraba a las escopetas de dos cañones, y prefería ese fusil antiguo y de

harto alcance, a la escopeta de tiros hechos que le daban en la hacienda. Le acontecía lo mismo que con el yesquero; tampoco se podía acostumbrar sin él... ¡El yesquero! ¿Dónde diantres se le iría a perder? ¡Y con la falta que le estaba haciendo!

Se detuvo el perro un instante, en el borde de la placeta, agitando más apresuradamente el elocuente rabo, y volviendo hacia Juan las orejas avisadoras; después avanzó a pasitos cortos, medio esparrancándose contra los terrones, y finalmente se volvió a detener, con la cabeza gacha e inmóvil la cola horizontal. Así, como si esperara una orden de ataque. Juan Humaera no se apresuraba nunca a echarse la escopeta a la cara, en estos casos; chupeteaba el cigarrillo, que se le apagaba lleno de saliva entre los bigotes lacios, y esperaba siempre a que el pájaro fuese volando en línea recta, y lo seguía entonces tranquilamente con la mira del cañón apuntada a la pechuga, hasta el momento oportuno; pero ahora, en cuanto vió que el Barcino había «parado» la perdiz, levantó el arma, sin buscar la puntería, y habló al perro. Salió la perdiz, trazando hacia arriba una breve línea parabólica, en pos del vuelo largo y definitivo y, antes de que curvara el ángulo ¡pum!... Juan Humaera le soltó el tiro, al mismo tiempo que el perro corría desatentado, ya en esta, ya en otra dirección. Cuando se desvaneció un poco el humo, y el estampido iba aún rebotando por las quebradas más lejanas, vió Humaera una perdiz que volaba allá, hacia el otro lado, a ras del matorral.

Se quedó el hombre estupefacto: ¿Había errado el tiro? ¿Sería cierto que había errado el tiro, entonces? ... ¿No sería otra perdiz, la que iba volando hacia el otro lado? Pero no... no podía... estaba seguro que no podía haber errado el tiro... A ver si el perro encontraba por ahí, entre las mostazas y los vástagos resecos, la perdiz muerta. Llamó al perro; pero el Barcino ni siquiera hizo amago de buscar, empeñado en olfatear el aire, displicentemente.

—¿Vis, Barcino, hom? ... ¿Habíay visto vos cómo erré el tiro, Barcino, nom? ¿Había visto? ...—se quedó el hombre, meneando él ahora la cabezota incrédula.

El Barcino, en verdad, jamás había visto semejante cosa. El sabía por experiencia que, a cada perdiz que él rastreaba y levantaba, sucedía un disparo del amo; y a cada disparo del amo, una perdiz que caía dando volteretas por el aire sonoro y la que él iba en seguida a buscar y a acarrear.

II

Bueno. Le faltaban todavía las mismas once perdices para enterar la docena que debía llevarle al administrador. Bueno; bueno, pues señor... Mientras iba midiendo en el oscuro hueco de la mano la parca porción de pólvora que echaba en el gáznate del cañón, y la taconeaba bien taconeada con bosta de caballo, y vaciaba después una buena porción de municiones del

10, cuyo taco empujaba y aseguraba con tres últimos y suaves golpes de baqueta, y buscaba por fin el fulminante en el fondo del morral; seguía sus propios movimientos, con sus propios pensamientos. Once perdices: ahí en esos rastrojos, bien las podía voltear en un par de horas, o antes. Había, afortunadamente, bastante pájaro que matar, y ya no se le iría a ocurrir el errar otro tiro. ¡Si supiera don Cucho que había errado un tiro, no se lo creería! ¡Si él mismo casi no lo creía! Y si lo supieran, le echarían la culpa al Barcino, de fijo. Y no era culpa del Barcino: perro bruto sería; pero era harto maestro y bueno para las perdices. Mejor que el mismo «Flay», el perdiguero fino de la hacienda, y mejor que cualquier perro de esos de orejas lacias y cola cortita...

Encajó el fulminante en la chimenea del cañón, y miró, con una caricia, al perro, que le esperaba solícito, sentado sobre sus patas traseras.

—Güeno, pues, Barcino, hom... Tenemos que apurarlos, ahora—le dijo, llevándose maquinalmente la mano al bolsillo de la chaqueta. Era la costumbre: cargaba el tiro y sacaba la guayaca, para torcer el imperdonable cigarrito; pero... ¡al diantrel no tenía fuego, no tenía el yesquero para encender... Se le nubló la caricia, en el semblante, y se quedó revolviendo la saliva, en la boca. ¿Dónde diablos se le iría a perder, el maldito yesquero?...

—Tenemos que apurarlos... tenemos que apurarlos, ahora...—amonestó, tragándose las ganas de fumar,

al perro, que trotaba ya delante de él, olisqueando las patas del rastrojo.

En otro santiamén, el Barcino le sacó otra perdiz. Y antes de que la perdiz hubiese enderezado el vuelo, él, Juan Humaera—el cazador más experimentado y de mejor puntería en todos esos contornos—a quemarropa, nerviosamente, le había largado el tiro; con la misma precipitación asustada de una pobre mujer que le disparara a un peuco goloso... Aunque él, «por juar», como decían, solía dispararle así a las perdices, y nunca les erraba. O bien, les tiraba «de atraviesa», como a las codornices o a las tórtolas. O a veces también, todo él agachado y ladeado entre el monte, aguaitaba por el claro de las ramas y... ¡pum! la perdiz caía. Pero ahora, había errado el tiro otra vez. Se quedó atónito, mirando, como un palo seco en medio de la loma, la perdiz que se descolgaba allá abajo sobre el paigüenal chamiciente, mientras el Barcino le miraba a su vez, a él, interrogándole con sus intrigados ojos amarillos.

Al fin volvió de su estupor, y se le hundió el rostro en la propia vergüenza. ¡Había errado otro tiro! ¡Cómo diablos había errado el tiro, otra vez! ¿Qué diantres tendría en los pulsos, que ya llevaba errados dos tiros al hilo? Fatiga no sería: había almorzado harto bien, en las mismas Casas, y sus cortas piernas eran, sin embargo, bien empeñosas e incansables para el cerro... ¿Qué sería entonces, lo que le pasaba?

¡Ah, si al menos pudiese pitarse un cigarrito, siquiera, para pasar la cosal...

III

Perdió la cuenta de los tiros que había disparado. ¡Y sin acertar un solo más! Cuando al cabo de unas horas, el sol alto todavía, se le acabaron «las preven- ciones», miró avergonzadamente en el fondo del morral, la única perdiz muerta. ¡Una sola perdiz! ¡Y debía llevarle, cuando menos, una docena, al Administrador!—«Mañana llega el patrón—le había dicho don Agustín—con algunos amigos que trae convidados, y avisa que se le tenga un buen estofado de perdices para el almuerzo. Andate, pues, y tráete una docenita cuando menos...» Y él, Juan Humaera, el cazador bien afamado de la hacienda, había llenado la guaya- ca de tabaco, y se había venido a esos rastrojos de Las Placetas, donde sabía que se cruzaban las perdi- ces. Pero, la mala suerte... ¿Qué diablos sería lo que le había pasado? ¿Qué irían a decir el Administrador y los caballeros? ¡Una sola perdiz para todo el esto- fado!...

Atravesó la infructuosa loma, que él dejaba ahora sembrada de municiones, y siguió por algún tiempo el camino sellado. Iba pensando, pensando y escupiendo a ratitos, más acuciado no obstante por el deseo impe- rioso de pitarse un interminable cigarro de hoja, que por el temor al patrón. Parecía como que no se daba

aún cuenta cabal de lo que le pasaba. Aunque... aunque, pensándolo también... sí... era medio embromado eso de no llevar la docena de perdices que le encargaran. Ni tampoco, haberle llevado siquiera unas dos o tres, a la mujer, para un caldo... Sí, pues; era embromada la cosa... A lo mejor, le quitaban «la obligación», o no le creían. ¿Cómo le iban a creer que hubiese errado todos? Y la vergüenza, también... ¡Haber errado todos los tiros y haber gastado hasta el último grano de la pólvora! ¡Y haber perdido, para remate, el yesquero! Escupía y escupía, revueltas la vergüenza y las ganas de fumar, mientras bajaba a tranquitos largos por el filo de la loma, con el flaco morral zangoleteándosele irónicamente de un costado al otro, seguido del melancólico desaliento del Barcino.

A ambos lados de la loma, las perdices silbaban a su paso, confiadas y alegres, llamándose mutuamente de todas partes; y en unos olivillos de la hondonada, torcazas tempraneras picoteaban los frutos todavía amargos, de la invernada. Por ahí, posadas sobre unas cercas, bandadas negras de tordos chismorreaban interminables algarabías, coreadas por las diucas y chincoles; y arriba, bajo el azul, otras bandadas de tórtolas planeaban aún, indecisas, por sobre las placetas doradas por el sol abribeño. Algunas de ellas, desbandada, torcía de pronto cañadón abajo y pasaba silbante, como flecha a su destino. A su dormitorio. Iba el hombre, pensando y mirando a pesar suyo acá

y acullá, medio emborrachado por ese ambiente volátil, cuando vió entre unas manchas de tebos otra mancha que se movía y se removía, y corría después a ras de tierra, lanzando pitíos de alerta. Eran codornices: algunas pasaron, como peñascazos, a su lado, y se enterraban en las ramazones. ¿Huyendo de su escopeta, o del Barcino? No: de repente, por sobre la cabeza misma de Juan aleteó una sombra y cayó veloz, más allá, sobre la última codorniz enredada en los pastos. Remontó el halcón su vuelo, esforzadamente, y se fué muy satisfecho, con un pájaro en las garras, hacia el peumal de la quebrada próxima.

Se le enredó a Juan Humaera, en sus cortas piernas, la madera larga de sus cavilaciones, y se quedó mirando estúpidamente. ¡Era el colmo! Hasta el Barcino, tras él, husmeaba ahora el aire, avergonzado y de malas ganas...